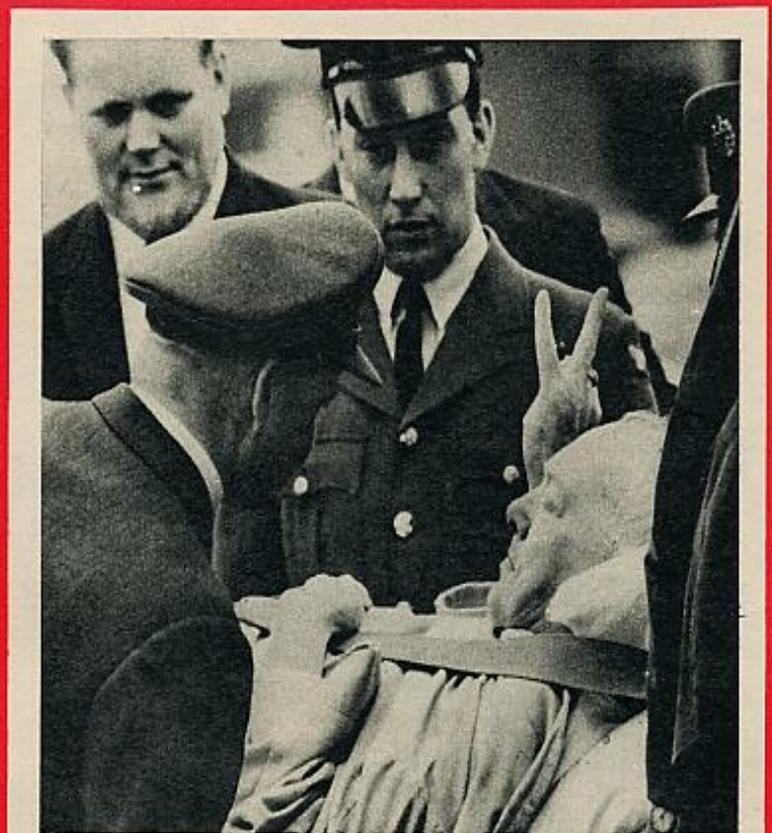




CHURCHILL

CASI UN SIGLO DE HISTORIA



El mundo está más acostumbrado a la imagen de Churchill que da la foto instantánea, que al pomposo retrato oficial. Sobre estas líneas, el viejo político, a raíz de un reciente accidente, es trasladado en una ambulancia, que le conducirá al hospital, sin olvidarse de hacer el ya tradicional en él signo de la Victoria.

SIGUE

LA "MEJ

HUBO un momento en la Historia del mundo en que dos hombres con calidad de símbolos se enfrentaban —la tierra entera era su campo de batalla— para ofrecer una solución, una salida distinta a la civilización. Eran dos arquetipos. Probablemente, en un último análisis de sus fines, los dos guerreros estaban más próximos entre sí de lo que parecían. Uno era Adolfo Hitler; el otro, este Winston Churchill cuya larga lucha con la muerte ha parecido una imagen más de su capacidad de resistencia. Hitler trataba de la magnificación de un Reich alemán a escala gigantesca; Churchill, de la defensa y ampliación del Imperio británico. Aparentemente se estaba dilucidando la hegemonía del mundo durante mil años. «Conduzcámonos de tal manera —dijo Churchill en 1940— que si el Imperio británico y su Comunidad de naciones dura mil años, los hombres de entonces puedan decir: *Esta fue nuestra mejor hora*. Pero ya en el planteamiento del conflicto otras ideas, otros mundos, otras posibilidades para la Humanidad estaban apareciendo. Los arquetipos se definían como símbolos. Hitler era el arquetipo del poder brutal, revestido de todos los atributos de dios de la guerra: las altas plataformas desde donde su breve y seca figura alzaba una mirada fanática y una voz terrorífica y rota por la agresividad, sus guardias hieráticos, su austeridad, sus uniformes, sus apariciones espectaculares en el balcón de la Cancillería. Churchill surgió entonces como la contrafigura, como el agonista de la gran tragedia mundial. Una vieja y amplia chaqueta civil, un vientre de Falstaff, una cara de payaso; un paraguas y un puro en pleno frente de batalla, un casco de «tommys» ladeado cuando recorría las calles destruidas de Londres, un verbo humorístico y lírico, pronunciado en un tono de voz puramente íntimo. «Un hombre a quien se podría creer notario de provincias o médico rural», escribe

(Sigue en la página 60)



Sólo unas semanas separan estas fotos y sus respectivas aglomeraciones ante la residencia del Premier, debidas a razones muy diferentes. En la foto superior, se trata de la celebración del nonagésimo cumpleaños de Churchill. En la inferior, el público se congrega a la espera de las últimas noticias sobre la salud del político.

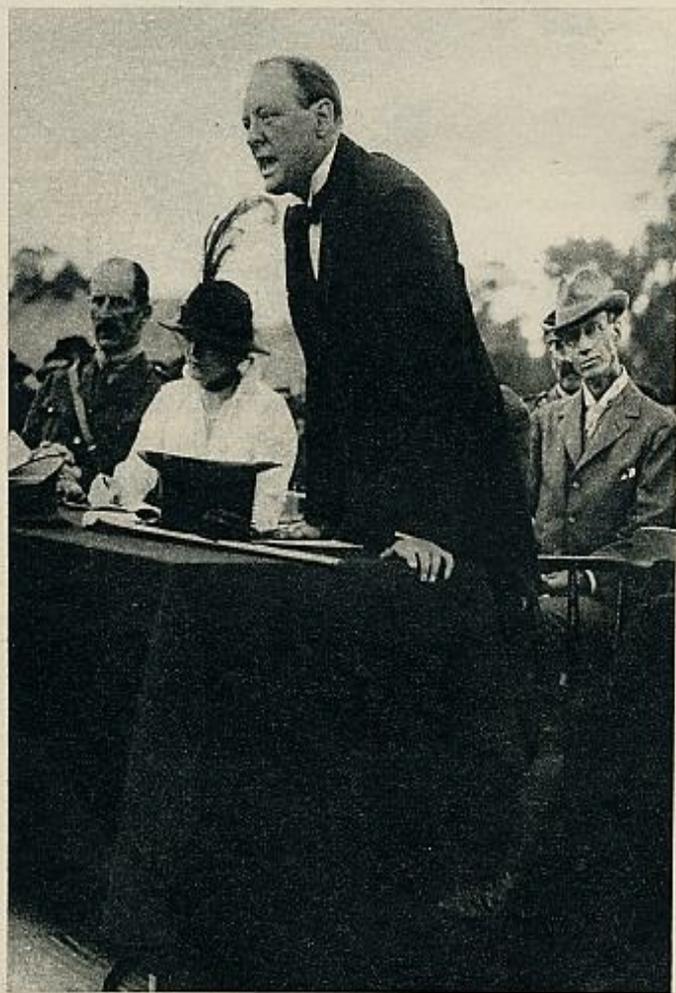
OR HORA" DE CHURCHILL



Sobre estas líneas, una imagen característica del político recién fallecido, obtenida hace un par de años a la salida del hospital de Middlesex, donde había permanecido durante cincuenta y cuatro días. Abajo, a la izquierda, el momento de la imposición a Churchill —en 1958— de la Cruz de la Liberación por el general De Gaulle, el hombre que dijo de él que había sido «el gran artista de una gran historia». A la derecha, Churchill pinta durante unas de sus vacaciones pasadas en Miami Beach.



SIGUE



En 1910, Churchill es nombrado secretario de Estado: la foto superior izquierda le muestra en el momento de dirigirse al Parlamento, poco después de este nombramiento. A la derecha, durante una visita al frente de guerra, en compañía de su esposa y del general French, en 1916. Abajo, a la izquierda, nombrado ministro del Armamento, sir Winston se dirige al país para pedir un esfuerzo nacional de movilización. Abajo, a la derecha, durante su entrevista con el duque de Windsor, en 1926.

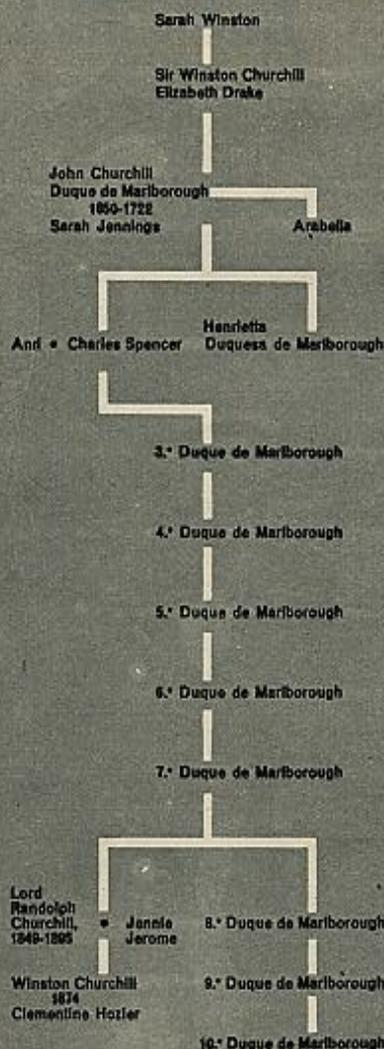
CHURCHILL



Dos fotos históricas y sobre las que podrían establecerse interesantes paralelismos. Se trata del final de las dos guerras mundiales. Versalles y Yalta. Y en las dos ocasiones Churchill está presente. Arriba, Versalles, en compañía —de izquierda a derecha, y en primer término— de lord Arthur Balfour, Poincaré, David Lloyd George y Clémenceau. Abajo —Yalta—, al lado de Roosevelt y Stalin. De estas dos reuniones ha dependido en gran parte la configuración del mundo actual. No es, pues, una simple fórmula el decir que Winston Leonard Spencer Churchill ha protagonizado de forma directa y activa la Historia de la primera mitad de nuestro siglo.



ARBOL GENEALOGICO DE LOS CHURCHILL



UNA FAMILIA LEGENDARIA

tradicción entonces muy extendida en Inglaterra, dio a su hijo como nombre de pila su apellido de soltera, con lo que el nombre de Winston entró por primera vez en la familia Churchill. Con el hijo de Sarah y de John aparece el primer Churchill importante. Tenía poco más de veinte años y había apenas salido de Oxford, en el momento en que el choque entre el absolutismo de Carlos I Estuardo y las libertades civiles concedidas por el Parlamento degeneró en guerra abierta, dividiendo a la nación en dos campos opuestos: el partido del Rey, llamado «de los Caballeros» por la abundancia de aristócratas, y el del Parlamento, dominado por los puritanos, a los que el pueblo llamaba «Cabezas redondas», por su pelo muy corto en oposición a las cabezas exuberantes de los realistas. Los Churchill se enrolaron en las banderas del Rey, como casi todos los propietarios. Fue una lucha rabiosa y el West Country se destacó por la particular crueldad en asedios, campos devastados y castillos en llamas. El joven Winston pasó de capitán a coronel.

Al comienzo de las hostilidades, en mayo de 1643, se había casado con una joven de una gran familia, Elizabeth Drake, parienta lejana de sir Francis Drake, el pirata gentilhomme de los tiempos de la Reina Isabel. En el plano político, sus simpatías iban hacia el Parlamento, lo que resultó providencial para la familia cuando se produjo la derrota de los realistas. Los «Cabezas redondas» preferían a las cabezas de sus enemigos su dinero, y los partidarios del soberano se vieron sometidos a contribuciones conocidas como a título de reparación. También los Churchill fueron multados, pero el hecho de tener parientes en el lado de los vencedores les ayudó, sin duda, a superar las peores angustias...

Los hijos de John, especialmente los mayores, John y Arabella, no olvidaron la experiencia de la guerra y alcanzar el éxito se convirtió en su único objetivo, sin que repararan demasiado en los medios para conseguirlo. El regreso de los Estuardo, después de la muerte de Cromwell, y la ascensión al trono de Carlos II, llevaron a la Corte a Winston Churchill. El antiguo coronel ocupó cargos de confianza, tuvo un puesto en el Parlamento y más tarde obtuvo el título de baronet. Los favores reales y los rápidos progresos, empero, se reservaban para hombres como lord Rochester, que se jactaba de haber pasado cinco

años seguidos borracho, sin un solo momento de sobriedad. Los hijos de Churchill, John y Arabella, se dieron pronto cuenta de la situación, y Arabella se hizo amante del duque de York, hermano del Rey. Había entrado hacia poco, gracias a los méritos de su padre, a formar parte de las damas de honor de la duquesa de York. El duque de York empezó a interesarse por ella al ver lo mal que montaba a caballo y tuvo el capricho de darle lecciones. Un buen día la inexperta amazona fue arrojada de la silla y la caída reveló la belleza estatuaría de su persona: la aventura con el duque de York comenzó aquel día. La relación duró más de diez años, en una atmósfera extrañamente doméstica y reservada para una Corte tan libertina. La señora Churchill, como era llamada Arabella, supo mantener su ascendiente sobre su real protector. Con el tiempo, sus relaciones tuvieron un carácter semioficial, y de sus numerosos hijos, los cuatro que sobrevivieron fueron reconocidos y admitidos en la Corte con títulos altisonantes; uno de ellos, el duque de Berkwit, fue uno de los más brillantes generales de su tiempo. Cuando las relaciones terminaron, Arabella encontró numerosos pretendientes, que no veían nada deshonroso en tomar por esposa a la ex amante del duque de York, y se casó con el coronel Charles Godfrey, teniendo otros hijos y viviendo hasta la edad de ochenta y dos años.

Los comienzos de la carrera de su hermano John —el más célebre de todos los antepasados del último sir Winston— fueron tan desconcertantes como los de Arabella. Alférez a los diecisiete años, fue enviado a curtirse en África, en los puestos avanzados de Tínger, que en aquella época era de dominio inglés. Al volver a Londres, tres años después, entró bajo la protección del duque de York, por intermedio de Arabella, y no vaciló en cortejar a la amante oficial de Carlos II, Bárbara Villiers, recientemente nombrada duquesa de Cleveland. Bárbara no había dudado nunca en dar rivales al Rey, y comenzaron a circular historias picarescas, llegándose incluso a decir que el Rey había sorprendido a Churchill en la alcoba de su amante, que, precisamente, vivía en el número 10 de Downing Street. El hecho es que John no tuvo escrúpulos en hacer fortuna con los regalos de Bárbara y parece que el Rey llegó a decirle: «Os compadezco, joven, porque lo hacéis para ga-

LAS raíces de la familia Churchill se asientan en la región que los ingleses llaman West Country, país occidental. Es una zona de pastos, de colinas y bosques, sembrada de aldeas y barrida por los vientos que soplan del mar. Sus rocas y sus castillos recuerdan todavía la guerra civil que tuvo lugar hace tres siglos entre los ejércitos del buen Rey Carlos I y los del Parlamento. Poco después de la restauración de los Estuardos, el primer Winston Churchill, que había militado en el partido real, trazó un árbol genealógico en el que atribuía el origen de su familia a un tal Roger de Courcelle, compañero de armas de Guillermo el Conquistador; reivindicar un antepasado de nobleza normanda era casi de rigor para todo gentilhomme que se preciese y Winston Churchill había sido nombrado baronet recientemente...

En el terreno de la realidad histórica, sin embargo, los hechos eran distintos. En el origen de los Churchill había, en efecto, un Roger, pero no se trataba de un guerrero del séquito del Conquistador, sino, más modestamente, de un herrero de Catherston que se había casado con una viuda acomodada de los tiempos de Enrique VIII, esto es, cinco siglos después de la conquista normanda. Faltan noticias anteriores a esta época, y ni la personalidad del herrero queda bien definida, aunque en cierto momento los aristócratas enemigos de Churchill hicieran de ello motivo de descrédito. Nacida, pues, de orígenes humildes, la familia Churchill se elevó rápidamente. Un nieto del herrero podía ya enviar a uno de sus hijos a la Universidad y el ejercicio de la magistratura le permitiría poco después unir a su nombre el título de «gentleman». John Churchill, pues, consolidó su posición comprando tierras en su comarca natal y se casó con una joven de nobleza modesta, Sarah, hija del baronet Henry Winston, que, siguiendo una

Sarah Jennings se casó con John, el hermano de Arabella, y consiguió altos cargos para su marido, gracias a su gran amistad con la Reina Ana.

John Churchill fue el primero en ostentar el título de duque de Marlborough, ganado en 1702 por sus victorias militares contra los franceses.



FAMILIA MARIA

naros el pan... La última hija de Bárbara, cuya paternidad fue desconocida por el soberano y comúnmente atribuida a Churchill, entró más tarde en un convento de París, pero la disciplina no la impidió encontrarse con el conde de Arran, de quien tuvo un hijo. Pero al final de su vida volvió al convento y fue nombrada priora.

John Churchill fue un gran soldado, y las campañas realizadas al lado de los franceses, a las órdenes de Turénne, le hicieron célebre, y le proporcionaron el grado de teniente coronel. Su mujer, Sarah Jennings, habría de contribuir mucho a su fortuna. Su compañera de juventud, la princesa Ana, le profesaba un afecto exclusivo y fanático, en el que entraba un componente de morbosidad. Cuando esta colegiala exaltada subió al trono de Inglaterra, una lluvia de beneficios cayó sobre la pareja Churchill. John se había mantenido durante el breve reinado de Jacobo II, el antiguo duque de York, y su carrera continuó en el subsiguiente reinado de María y Guillermo de Orange, pero fue durante el reinado de Ana cuando sus dotes militares y estratégicas brillaron en todo su esplendor. Nombrado en 1702 duque de Marlborough, hizo de su nombre un símbolo de terror para las tropas del Rey Sol. Los franceses le hicieron objeto de la canción, que ha llegado a nuestros días, y en que, por deformación, su nombre se ha convertido en el del famoso «Mambrú». Más tarde, una especie de revolución palaciega con sordina, típicamente femenina, excluyó a Sarah Churchill, después de tantos años de favor, de la intimidad de la Reina, y una nueva «amiga del alma», Abigail Hill, ocupaba su puesto. Rota la antigua amistad, la Reina comenzó a dar crédito a las voces que, desde el lado conservador, se alzaban contra Marlborough. Se le acusó de haber recibido grandes beneficios de los suministros militares y hubo de refugiarse en el continente, con su mujer, sin que la Reina moviera un dedo para impedir su exilio. Un año más tarde, la muerte de la Reina y la subida al trono de Jorge I determinaba su regreso. Uno de los primeros actos del nuevo Rey consistió en reintegrar a Marlborough todos sus grados, privilegios y cargos. A su muerte, acaecida en 1722, su esposa hizo erigir una estatua que le representaba triunfador, igual que a un antiguo romano. Pero el único heredero varón de Sarah y John murió joven, y



El primer sir Winston Churchill, que, después de la derrota de los realistas, se retiró a sus posesiones para escribir una historia de Inglaterra.



Arabella, hija de sir Winston, fue durante diez años la favorita oficial del duque de York, casándose después con el coronel Charles Godfrey.

el título, por un privilegio especial, pasó a la mayor de sus hijas, Henrietta, esposa de lord Godolphin, amigo y partidario de la familia Churchill. Henrietta tenía un hijo, pero también éste murió joven, y a su muerte el título pasó a los descendientes de la hermana, Anne Churchill, que se había casado con Charles Spencer, conde de Sunderland.

Con los Spencer entró en la familia un nuevo elemento: el amor a la cultura y a las artes. John, el primer duque, tenía una instrucción más bien somera, y Sarah arrugaba la nariz ante los entusiasmos artísticos de los Spencer y declaraba tener sus dudas en cuanto a su utilidad. Charles, el nieto destinado a ser el tercer duque, estaba siempre en desacuerdo con su terrible abuela. Su matrimonio con Elizabeth Trevor provocó una especie de tempestad en función de la antipatía que Sarah profesaba a la persona que había sugerido esta unión. El tercer duque murió joven, cuando se encontraba en el continente como comandante en jefe de las tropas inglesas enviadas para apoyar al duque de Brunswick. Su hijo le había seguido al frente, pero la mayor parte de su vida transcurrió pacíficamente. Este cuarto duque reinó sobre su dominio de Blenheim durante sesenta años. Fue el primero de la familia que demostró preferir la vida tranquila a la agitada de sus antepasados. En sus años de madurez se dedicó a los estudios de astronomía.

Le sucedió en el título su hijo mayor, que llevaba su mismo nombre, George. Fue esto en 1817, dos años después de la batalla de Waterloo, el máximo triunfo de Inglaterra en el continente. Es significativo que precisamente en este momento político se le ocurriese al quinto duque el deseo de rescatar del olvido el viejo nombre de Churchill, perteneciente

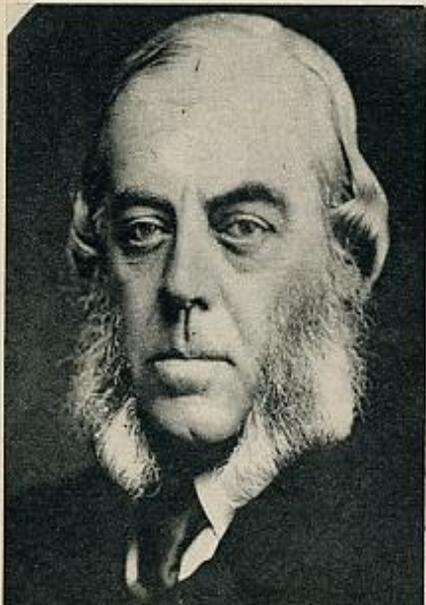
a la ascendencia femenina de la familia, uniéndolo al de Spencer. El quinto duque volvió a la tradición familiar, dedicándose a toda clase de orgías y dilapidando la fortuna familiar. Su hijo, que en tiempos de sus estudios en Oxford estaba considerado como el más bello de los discípulos, siguió con el mismo espíritu de su padre. Organizó un falso matrimonio para el que contrató a un falso sacerdote y después tuvo tres esposas legítimas, la última de las cuales vivió hasta muy anciana, mientras que él murió hacia los sesenta años, después de haber pasado los últimos de su vida en un carrito. Le sucedió su hijo John Winston, que se vio obligado a vender gran parte de los tesoros artísticos de Blenheim para hacer frente a las deudas contraídas por sus antecesores. Diversos matrimonios de los miembros de la familia Churchill con bellas y ricas herederas norteamericanas trajeron nuevas energías a su vieja sangre y contribuyeron a restaurar la fortuna. Los hijos del victoriano John Winston casaron con jóvenes de Nueva York: el primogénito, que debía ser el octavo duque, lo hizo con Lillian Price; el segundo, Randolph, con Jennie Jerome. Y, a su vez, el noveno duque casó con dos norteamericanas: en primeras nupcias con Consuelo Vanderbilt y en segundas con Gladys Deacon. Del matrimonio de Randolph con Jennie debía nacer Winston Leonard Spencer Churchill, el Churchill de la primera y la segunda guerra mundial. Quien considere atentamente su vida no tardará en encontrar en él muchos rasgos característicos de sus mayores: la despreocupación de los Villiers, el amor por el arte de los Spencer, el activismo práctico de los abuelos norteamericanos y hasta un reflejo de la obstinación heroica del primer Winston Churchill.

(Copyright
MONDADORI PRESS-TRIUNFO)

El séptimo duque de Marlborough, John Winston, se vio obligado a poner en venta los tesoros familiares, dada la disipación de sus antepasados.

El padre del estadista recién fallecido, Randolph Churchill, murió joven, a los cuarenta y seis años, cuando su carrera política estaba en su apogeo.

Jennie Jerome, la madre de sir Winston, pertenecía a la rama americana de la familia y era hija del propietario del periódico «New York Times».



CHURCHILL

El país no había conseguido poner en pie de guerra más que diez divisiones, según el francés profesor Luis Rougier (que fue enviado especialmente por Petain para asegurar a Churchill que Francia no atacaría a Gran Bretaña). Estos terribles despojos fueron los que el Rey depositó en manos de Winston Leonard Spencer Churchill, y he aquí cómo él los acogió: «No ocultaré al lector de este relato que, cuando hacia las tres de la madrugada pude acostarme, sentía un gran alivio. Finalmente iba a poder dirigirlo todo. Por eso, aunque esperaba la aparición del día con impaciencia, dormí con un sueño tranquilo, sin necesidad de ensueños reconfortantes. La realidad era más hermosa aún que el sueño (Churchill, «The second world war», vol. I). Reacción que resulta normal en un hombre que considera que en tiempos de crisis nacional el poder es un regalo del cielo cuando un hombre cree saber cuáles son las órdenes que tiene que dar. Esta capacidad de calma la testimonian también quienes estuvieron a su lado durante los tiempos que él definió como de «sangre, sudor y lágrimas»: El vizconde Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, que escribe en sus «carnets» de guerra: «Winston Churchill tenía virtudes inmensas. Su valor crecía frente a la adversidad. Sus nervios no se rompieron jamás y el peor desastre no le hacía perder el apetito ni el sueño. Describe Alan Brooke un Churchill como eléctrico y electrizante, que sacudía a los jefes militares, les acusaba de derrotismo o de cobardía si objetaban sus órdenes — a veces disparatadas —, planeaba unas operaciones de guerra imposibles. «A cada momento, sus consejeros militares estaban obligados a interrumpirle para preguntarle: «¿Con qué navios, con qué armamentos, con qué divisiones...?», cada vez que ordenaba una ofensiva, un desembarco, una operación» (vizconde Alan Brooke). A veces sus instrucciones daban lugar a tragedias. Cuando ordenó el envío de los navios «Prince of Wales» y «Repulse» a Singapur, sus consejeros sabían que esos dos barcos iban a perderse sin ofrecer ningún resultado, y así fue. Pero, probablemente, era más importante la galvanización de los jefes militares y del pueblo británico — que escribió la gloriosa página histórica conocida con el nombre de la batalla de Inglaterra, resistiendo los terribles bombardeos que dieron origen a un nuevo verbo en el idioma británico: «to Coventry», o «coventrizar», destruir hasta los cimientos una ciudad entera, como fue el caso de la ciudad de Coventry — que los disparates militares que sir Alan Brooke tenía que moderar, «estableciendo una correlación», dice el prefacio de los «carnets» de guerra citados, «entre las visiones proféticas del primer ministro y la realidad inmediata».

«Fue así como, en la noche del 10 de mayo, en el mismo momento en que comenzaba una batalla formidable, tuve que asumir el poder supremo del Estado; a partir de esa fecha lo he ejercido en una medida sin cesar más activa durante cinco años y tres meses de guerra mundial, tras lo cual, una vez todos nuestros enemigos rendidos sin condiciones o a punto de hacerlo, fui inmediatamente despedido por los electores británicos, que me han separado de la dirección de los asuntos públicos». Con estas palabras con que Churchill termina el primer volumen de su «The second world war» se expresa otro momento estelar de la democracia: la decisión tomada por el pueblo británico de que el hombre de la guerra no era el hombre de la paz, y de que la figura de Winston Churchill y su ideario político no eran los adecuados para el nuevo mundo que debía comenzar a construir.

Si aquella fue su «mejor hora», si esos cinco años y tres meses representan la ascensión definitiva de Churchill al podio de la Historia, no toda su personalidad ni toda su biografía quedan así condensadas. El nombre de Churchill ocupa casi un siglo en la Historia británica. Su infancia está enraizada en la triste y amarga época victoriana; sus antepasados forman una casta de guerreros y aristócratas (el duque de Marlborough, el «Mamburú» que se fue a la guerra en nuestras canciones infantiles, es uno de sus más brillantes antepasados), por todo lo cual Churchill representó siempre y durante toda su vida política el más puro espíritu imperialista y

colonizador. Cuando ya era un antepasado, un vestigio de sí mismo, aún desde su banco de los Comunes atacaba el abandono de la India y de Egipto, apoyaba la operación aventurera del canal de Suez. Se atribuye a Churchill durante los años de la primera guerra mundial la intención de formar una cierta alianza con Alemania para enfrentarse con la URSS, que era el verdadero enemigo de su juventud (Churchill ayudó a la creación del «cordón sanitario» que trataba de cercar los soviets recién nacidos a partir de la primera guerra mundial) y muchos políticos conservadores británicos compartían su punto de vista de que era preferible el nazismo al comunismo, lo cual llevó al error de permitir a Alemania sus consecutivas conquistas territoriales y políticas, y al rearme progresivo tolerado por las potencias del Pacto de Versalles que veían así una desviación posible de la guerra siguiente (fue, probablemente, el pacto germano-soviético el que cambió el curso de esa historia prefabricada en Downing Street). Es muy probable que estos errores, no digo de ideología, sino de proyección histórica, hicieran inevitable una guerra que pudo serlo. Por otra parte, durante toda su conducción de los cinco años bélicos, Winston Churchill no tenía más obsesión que la del acrecentamiento del Imperio británico, incluso a costa de su aliada Francia, cuyas colonias ambicionaba, y ésta fue la gran batalla que tuvo que mantener De Gaulle en Londres, y nunca se lo perdonó a los ingleses: es posible que toda la política antibritánica que estos tiempos exhibe De Gaulle sea consecuencia de las amenazas y las humillaciones sufridas en los años de Londres. No es tampoco ajeno Churchill al establecimiento de la guerra fría, preparada ya en sus largas conversaciones privadas con Roosevelt y Truman: una guerra sincera hubiese evitado probablemente al mundo veinte años de inquietud que, finalmente, se están saldando. Por otra parte, Churchill perdió las últimas oportunidades de que Europa fuese dueña de su propio destino abriendo paso a la hegemonía norteamericana. Un cronista americano ha escrito estas líneas: «Es difícil comprender la baja con la cual Winston Churchill capitulaba ante los Estados Unidos, cuando él mismo levantaba con fiereza el pulgar para asegurar que Inglaterra, incluso sola, resistiría a Alemania» (George Marion, «A chart of American expansions», Nueva York, 1948); en el momento de su alianza con Estados Unidos, Gran Bretaña estuvo obligada a entregar a Washington sus secretos militares y a poner en sus manos las bases del Atlántico.

Este breve repaso, muy sumario, de lo que podemos considerar los errores históricos de Churchill, no pueden aparecer claros si no es a la luz de su psicología de clase y de formación, del ambiente en que vivió y actuó. Era la época en que en Gran Bretaña se decía: *Right or wrong, my country*, «Con razón o sin ella, mi país».

NO hace mucho tiempo se celebraba una reunión política en La Habana y un joven revolucionario resaltaba estos aspectos imperialistas y colonialistas del viejo «premier», para atacarle con dureza. Fidel Castro se enfrentó con su discípulo para decirle: «No tienes edad de comprender claramente quién es Churchill. Sin él es muy probable que ninguno de nosotros estuviera aquí en estos momentos».

Es muy probable, ciertamente, que la sociedad que hoy conocemos, el mundo que hoy se nos ofrece lleno de posibilidades y de futuro, no fuese el mismo sin aquel hombre que el 10 de mayo de 1940 se fue a dormir tranquilamente porque ya tenía el poder en sus manos. No es éste el mundo que Churchill quería ni por el que luchaba, pero supo evitar que fuera el mundo endurecido, hostil y siniestro de sus adversarios. El «nuevo orden» del nazismo no hubiera tenido tanta flexibilidad de adaptación a las realidades como la tuvo la sociedad democrática que salió de las manos de Churchill. El reconocimiento de este hecho es el mejor tributo que se le puede ofrecer en la hora más dramática de su vida.

J. A.

(Fotos CAMERA PRESS, DALMAS
y KEYSTONE)

(Viene de la página 44)

Pierre Narbonne. El «gran artista de una gran historia», escribe un testigo excepcional de Churchill, el general De Gaulle, quien traza de él, en sus «Memorias», este retrato: «Fuese cual fuese su auditorio —muchedumbre, asamblea, consejo, incluso interlocutor único—, se encontraba ante un micrófono o detrás de una mesa de despacho, la ola original, poética, conmovedora de sus ideas, de sus argumentos y sentimientos, le procuraban un ascendiente casi infalible en el ambiente dramático en el que respiraba el pobre mundo. En política utilizaba ese don angélico y diabólico para remover la pesada pasta inglesa tan bien como para impresionar el espíritu de los extranjeros. Hasta el humor con el que sazonaba sus gestos y sus frases, y la manera con que utilizaba tanto la gentileza como la cólera, hacían sentir hasta dónde dominaba ese juego terrible en el que se había comprometido. Nunca, salvo en los mitos de la bestia y el ángel o de San Jorge y el dragón, hubo dos guerreros más disímiles enfrentados en una batalla de lo que lo fueron Hitler y Churchill. Es esta imagen del Churchill de 1940 la que aparece ahora al tratar de condensar su vida paradójica, aventurera y extraña en el espacio de unas líneas. «Aquella fue su mejor hora», podemos decir con su propia frase, ahora que el Imperio británico ya no existe a pesar de su descomunal combate —podía profetizar Churchill que no un milenio, ni siquiera un puñado de años iba a durar aquel Imperio, y que la Comunidad británica iba a estar aventada por tantas dudas—, ahora que él pierda su última batalla.

EL 10 de mayo de 1940 media Europa estaba en poder de los nazis. Aquella misma mañana las poderosas divisiones blindadas habían invadido Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Francia se derrumbaba. El Gabinete Chamberlain presentaba la dimisión, y el Rey ponía en manos de Winston Churchill el poder más difícil del mundo. El derrotismo mordía en Inglaterra. «Los bien informados murmuraban los nombres de políticos, de obispos, de escritores, de agentes de negocios que podrían entenderse con los alemanes en esta eventualidad (la de una invasión) para asegurar bajo su mando la administración del país» (Charles de Gaulle, «Mémoires de guerre», «L'Appel: 1940-1942»). «En 1940, un ejército de invasión formado por unos ciento cincuenta mil soldados de calidad hubiera podido asestarnos un golpe mortal», dijo Churchill en una sesión secreta de la Cámara (el 23 de abril de 1942, revelado por el «Daily Telegraph» el 28 de enero de 1946). «Los alemanes habrían encontrado en Gran Bretaña otro Petain», escribe el historiador soviético G. Déborin («La deuxième guerre mondiale», Editions en langue étrangère, Moscú).